

propaga con visible entusiasmo por todo el pueblo. Ultimamente, á la *Asociación internacional de trabajadores* se debe la desaparición del antagonismo que desde tiempos antiguos sostenían los obreros ingleses é irlandeses, hasta el punto de fraternizar hoy unos y otros para su emancipación social. Regístranse numerosas y repetidas manifestaciones de las clases obreras de Inglaterra hácia los socialistas de Irlanda, vulgo fenianos, tan de continuo perseguidos por los gobiernos liberales y reaccionarios. Tales manifestaciones significan mucho, si se considera que la aspiración de los fenianos es hácia la abolición completa de un patronato insoportable y una protesta contra la apropiación de la tierra por los laicos. Muchos de ellos van más allá de las reformas que anteriormente hemos indicado; toda la tierra, dicen, ha de ser propiedad de la nación entera, inalienable por los individuos, y solamente dada en posesión á los trabajadores agrícolas; es decir, que á la vez de extirpar el catolicismo y el anglicanismo, quieren la república democrática y social, fundada sobre la propiedad colectiva del suelo; doctrina internacionalista, muy propagada ya en Irlanda, donde la predicán ilustrados adeptos en numerosas reuniones, y la defienden cuatro periódicos. Pero debemos notar que la agitación feniana no procede solamente de Irlanda, ni que tampoco está sostenida las más de las veces por los obreros ingleses, que son enemigos del feudalismo territorial. Allá en los Estados-Unidos de América tienen asiento y funcionan casi públicamente los comités principales del fenianismo. Al fin de aquella guerra espantosa, en que lucharon de un lado los abolicionistas de la esclavitud y de otro lado los partidarios de esa institución infame, los emigrados irlandeses se asociaron para socorrer con toda clase de medios á sus compatriotas, eligiendo entre ellos los que más pudiesen perjudicar á Inglaterra. El comité supremo se organizó en New-York, y de aquí partieron armas y dinero para insurreccionar á los campesinos irlandeses, y promover motines en el Canadá, y desórdenes en los grandes centros industriales de Inglaterra. Al par que no cesan las persecuciones del Gobierno inglés á los fenianos, aumentan éstos prodigiosamente, y ya los condados de Limerick y Tipperary han respondido á la conducta opresora de los agentes británicos con la elección de un feniano, O'Donovan Rosa, para miembro del Parlamento. Y no pára aquí la agitación; porque las multitudes socialistas recorren el país condado por condado á cada elección, pidiendo el triunfo de Luby, Malcali y otros, que han pagado en las cárceles y en la emigración su delito de patriotas y amantes de la emancipación del proletariado irlandés. ¡Así hoy se conduce este pueblo, hartos ya de una larga vida de injusticias y sufrimientos!

JOAQUIN MARTIN DE OLÍAS.

## LA MUJER COMPARADA CON EL HOMBRE.

APUNTES FILOSÓFICO-MÉDICOS.

VIII. \*

DEL AMOR MATERNAL.

Todas nuestras afecciones son inspiradas por el placer; sólo el amor maternal nace del sufrimiento. Las molestias de la mujer durante el embarazo, los dolores en el parto, el aspecto repugnante del recién nacido, más parecido á un sér desollado, que á una criatura viva, parece debieran inspirarla cierta aversión, considerando al nuevo sér como un mal del cual acaba de librarse, sin que su corazón pueda ser tampoco conmovido por el atractivo de las formas ni por la voz, ni por otro encanto visible; y sin embargo, excitada por los sufrimientos, temblando aún de las angustias y conmoción del trabajo del parto, le limpia, le acaricia, le toma en sus brazos, le envuelve en sus ropas y le aproxima á su seno para darle el calor de que tanto necesita; no descansa día y noche con el cuidado y temores que la ocasiona, y en cambio de tantos sacrificios, recoge solamente llanto y gemidos. Esta fuerza, más poderosa que el dolor y el disgusto, no es otra cosa que un ciego instinto que pertenece á la planta, al insecto, al pájaro y al cuadrúpedo, lo mismo que á la mujer: ley inmutable de la naturaleza, ley de conservación, estímulo irresistible al que ningún sér sobre la tierra puede sustraerse y al que la naturaleza ha confiado la vida. En los séres más perfectos, esta fuerza inteligente se asocia á las pasiones, duplica su potencia y llega hasta hacerlas industriales. Todos los animales velan con ternura el fruto de su unión; en éstos es más interesante el estudio del instinto maternal, porque no se halla alterado, como en la especie humana, por las instituciones sociales.

La tortuga suple con la astucia la lentitud de sus movimientos de progresión, poniendo sus huevos en los sitios más apartados é inaccesibles; la hembra del caiman, despues de ocultar los suyos entre la arena, no les pierde de vista, defendiéndolos con todas sus fuerzas de la avidez de los negros. El pájaro construye su nido sin que sepa que va á dar á luz cosa por que ha de tener el mayor cuidado, envolviéndole y reforzándole con suave cubierta, sin que le sea conocida tampoco la delicadeza de sus huevos; los empolla luego permaneciendo inmóvil durante semanas sobre aquellos cuerpos frios é insensibles, y sin saber que contienen séres semejantes á ella. Comenzada la postura, cambia de costumbres y carácter, y su afectuosa solicitud la

\* Véanse los números 62, 63, 64, 65 y 66, páginas 326, 365, 408, 444 y 487.

expresa solamente por un tierno y misterioso silencio. Una vez que sus hijuelos han salido á luz, la madre y el padre les suministran su nutrición y les guardan de sus enemigos; á la vez cantan, se alegran, se inquietan y se desesperan. La madre comprende y satisface todos los nacientes deseos de su pequeña familia; pero sus trabajos, penosos y agradables, quedan sin recompensa, puesto que ninguna ternura filial corresponderá jamás á las maternales. En fin, este sentimiento profundo, que atrae irresistiblemente á todo sér vivo hácia sus descendientes, se manifiesta, en toda su fuerza, hasta en los más fieros cuadrúpedos, como el tigre; y se asegura que un viajero, que años hacia había cogido un pequeño leoncito, fué reconocido por la madre, que se arrojó sobre él, habiéndose visto muy mal sus compañeros de viaje para librarlo de la fiera.

Aunque los séres vivientes nazcan débiles, ineptos, ó cercados de enemigos, ó, como suele decirse, sobre un campo de batalla, nacen en seguridad; porque el amor maternal les cobija con su prevision y adhesión la más completa. Centinela avanzado, vela al lado de cada cuna, no sólo para la conservación de éste ó el otro individuo, de este cuadrúpedo ó de aquel pájaro, sino para la realización de esta gran obra de la naturaleza, que quiere que todo muera y que nada perezca, que todo nazca y nada sea inmortal. Cualesquiera que sean las necesidades de todos los séres, su ferocidad y sus extragos, cualesquiera que sean las exigencias de la muerte, el amor maternal queda vencedor sobre el globo que renueva. Por él la planta se resume en su grano, el insecto en su huevo, el animal en sus pequeños, siendo á la vez origen de la vida y límite de la destrucción. El amor maternal es el más tierno sentimiento de la naturaleza animada; es el movimiento más dulce y más generoso que ha podido emanar del instinto de reproducción: en él se encuentra irrevocablemente apoyada y segura la conservación de las especies vivientes. Al contemplar á la jóven madre cerca de su tierno hijo, parece que el Creador la ha infundido su aureola protectriz, y hasta que su existencia ha sido trasportada al nuevo sér; nada se halla de personal y propio en cuanto experimenta; dejando de vivir para sí, vive para el sér que la renueva.

Es indudable que el amor maternal es una inclinación primitiva y fundamental en la economía animal. La mujer adoptada por el salvaje, nutre siempre á sus hijos con propia leche; y en las marchas largas y penosas que emprende, lleva dos ó más sobre sus hombros, que, cubiertos malamente, se encuentran dulcemente asidos, y ella se deleita en conllevar tales fardos. La mujer salvaje jamás maltrata á sus hijos y, cuando son enfermos, no sólo no les abandona, sino que, entonces como nunca, les

colma de cuidados y caricias. Cuando muere alguno, se arrodilla en su tumba y llora amargamente el tesoro que ha perdido, quedándose inmóvil no pocas veces, durante algunos días, sobre la tierra que cubre á tan querido despojo, y su aniversario es constantemente para ella un día de duelo.

El amor maternal da tal valor, que parece ser superior á las fuerzas naturales, siendo tan duradero, cuanto pueden exigir las necesidades de los hijos de la protección de su madre; frecuente es ver pequeños y débiles séres soportar sufrimientos y acometer peligros que maravillan al hombre; pero también hay casos, en que, el instinto de la maternidad, que hace tales portentos de bravura en los séres de complexión débil y tímida, produce pusilanimidad, temor, y hasta terror en las fieras más feroces. El que ha sido cazador de osos habrá visto con demasiada frecuencia los horrores producidos por estas fieras, especialmente la hembra, cuando se persigue ó se han cogido sus cachorros; pero alguna vez, como á mí me ha ocurrido, habrá visto con la mayor sorpresa, que acosada esta fiera, no hallando salida para la defensa ni huida de sus hijos, los ha tomado en sus brazos, llenándolos de caricias y dando gritos lastimeros, con que parecía imprecarse perdón para sus tiernas criaturas. Alguien retiró su arma de la puntería, conmovido por tan tierna escena; otros remataron á tan sublime madre, que, aun en medio de la agonía, continuó sosteniendo á sus hijuelos!

En la especie humana el amor maternal desenvuelve más energía, y si bien no puede ser mayor, es, al ménos, más interesante, porque este sentimiento se extiende y se perfecciona en medio de las relaciones en que nace. Como el instinto de relación ó sociabilidad lo embellece todo, nada iguala al encanto que la educación imprime á esta especial afección; todos los proyectos que por él se tienen son verdaderos placeres, y todas las fatigas que proporciona se convierten en satisfacciones. La mujer nacida en la clase de buena educación social, no limita su tarea á los cuidados materiales que exige la conservación corporal de su hijo, además se ocupa en engrandecer su inteligencia, en formar su moral, en inculcarle todos los atributos de su espíritu, en imprimirle toda la sensibilidad de su alma, revistiéndole de su carácter, dándole su idioma, el timbre de la voz y hasta el juego inocente de su fisonomía naciente; ni á uno solo de sus movimientos deja de facilitarle la gracia: de este modo tan complejo y no ménos completo es como influye en sus futuros destinos.

El verdadero amor maternal, como amor humano, comienza donde concluye el animal; la mujer no puede llegar á ser madre, segun la ley moral de la naturaleza, hasta tanto que trabaje en desenvol-

ver el alma de sus hijos. Su misión sobre la tierra no es la de procrear un sér bípedo é inteligente; el mundo y la sociedad la exigen un hombre completo; un hombre cuyas pasiones participen de lo bello é infinito; que sepa ser buen hijo, elegir su compañera, inspirar á sus hijos, y en fin, que sepa sacrificarse por el deber y la virtud. En la maternidad hay para la mujer un doble deber, así como para el hombre hay un doble nacimiento; nacer á la vida, es nacer solamente al placer y al dolor; nacer para el amor de la humanidad, es el verdadero nacer, y este segundo nacimiento nos le debe nuestra madre, si es que quiere gozar de otro bien más importante que el de vernos respirar y digerir; de aquel bien que Shakspeare expresó tan bien por boca de una madre, al decir: «Experimenté mucho ménos placer cuando lo sentí nacer, que cuando lo ví practicar una accion de hombre.» Seguramente que la mujer no estará, ni está, al ménos en nuestro país, bastante convencida de su doble misión, de su duplicada lactancia, material y moral, para que pueda llenar y satisfacer cuanto abraza y comprende el amor y el deber maternal. ¿Quién sabe si en esta tan grave falta se hallará la causa de la carencia de sentimientos elevados, patrióticos y desinteresados que se nota por todas partes y en todas las capas sociales? Que este defecto existe, es indudable; pero, no obstante, la responsabilidad corresponde al hombre; al hombre que la adula, á todo el que la amiente, porque es á quien cree.

No hay nada de reflexivo, todo es espontáneo en el amor de una madre. Hacía falta que la naturaleza envolviera tan tierno misterio con todas las ilusiones del bien más completo; porque si de antemano supiera todos los escollos que amenazan su existencia, así como la importancia que alcanzan sus deberes, no habría mujer que no temblase ante la peligrosa y difícil tarea que le había sido impuesta por la naturaleza.

Una madre es el modelo de las virtudes que tienen su asiento en el corazón; la ternura, la afección, la paciencia y la devoción son inseparables de la idea de madre. Entre los antiguos, una mujer sin el título de madre era considerada en desgracia del cielo; y en todo tiempo la mujer ha sido orgullosa con este título. Por él solamente la encontramos hoy superior al hombre. Doncella, el más débil ruido, la presencia de un insecto la hacen palidecer de miedo; pero, una vez madre, su valor se manifiesta á toda prueba, y hasta no temería arrojarle á las garras de un león para arrancarle á su hijo. En este superior estado de su vida se desenvuelve en ella una nueva potencia, una fuerza de carácter que le era desconocida. En lo sucesivo, y aún en medio de las mayores desgracias, amará la vida, no por sí misma, sino por la de sus hijos, im-

portándole poco ser desgraciada con tal que pueda llegar á ver la felicidad de aquellos. Impórtanle nada sus privaciones, sus sufrimientos, siempre que nada falte á los mismos y se encuentren satisfechos.

En sus hijos, la madre amará lo mismo sus defectos que sus cualidades. Este sentimiento maternal, ciego para cuanto le rodea, absorbe todas sus ideas y sus sensaciones, no viendo en el mundo otra cosa que lo que á él se refiere. Por eso amon-tona sobre la cabeza de su hijo toda clase de votos y de esperanzas; unas veces ve en él un gran magistrado, un general, y ¿quién sabe? hasta un emperador; porque la madre rodea la cuna de su hijo con los más bellos desvarios. Una apariencia solamente de enfermedad la hace temblar por su vida, y si un verdadero peligro se le declara, ¿con qué apuro no reclama el auxilio facultativo y el del mundo entero, pues nada le basta! Parece que no hay nádic que no pueda interesarse por tan débil criatura. ¿Con qué fervor no invoca la protección de Dios y de los Santos! El marinero más religioso, durante la terrible tempestad, no es tan piadoso como una madre cuando tiene á su hijo enfermo de gravedad!

En el amor maternal todo es extremado; pero, por penosas que lleguen á ser las fatigas y quebrantos, cuando alcanzan su fin, son lo más dulces para el corazón que las experimenta. Yo he visto á una desgraciada madre, cuyo tierno hijo corría el peligro inminente de sucumbir á una viruela confluyente, hacerle la succión de las pustulas con sus mismos labios, proporecionándole de este modo aquella limpieza tan necesaria en el curso de esta enfermedad, y empleando este medio tan suave, tan fino y tan delicado, pero á la vez tan repugnante, juntamente que rodeándole de todas clase de cuidados, sin dormir ni un solo instante, logró arrancarlo de los brazos de la muerte. Es indudable que, si á esta madre no la hubieran alcanzado tantos sacrificios, los habría apurado todos, incluso el de darle su vida y su alma.

Me parece haber dicho bastante acerca de este inagotable sentimiento, al cual debe el mundo su duración; sobre este amor tan constante y tenaz, sobre esta pasión atractiva, la más natural y rica en emociones, que crece con las contrariedades y solamente cesa con la existencia: el amor se embota, la amistad se altera, la ambición se debilita; pero en el amor maternal hay algo imperecedero que lo sostiene siempre en el mismo grado.

## IX.

### DE LA MATERNIDAD EN EL MUNDO ORGÁNICO Y MORAL.

La maternidad engrandece como nada la influencia de la mujer y completa el ciclo de su existencia, asignándola la verdadera misión que la Provi-

dencia la ha confiado; y es inegable que somos más hijos de nuestra madre que de nuestro padre.

Cuando evocamos ante nuestra conciencia la personalidad maternal, cuando pronunciamos el sólo nombre de madre, todos cuantos recuerdos de beneficios, de cariño y adhesión se hallan ligados á este nombre como cortejo inseparable, nos causan tal respeto, que no acertamos, ni á concebir siquiera, que la falte un solo derecho más al mismo, que aún pudiera serla reclamado.

En nuestra conciencia, en la de los hombres de corazón más escéptico, encontraremos siempre cierta especie de culto para el título de madre. Si á un joven sin fe, cuya fantasía se consume en satirizar la virtud de la mujer y que se rie de la misma como de una vulgar preocupación, se le dice que su madre fué débil algún día; este escéptico joven enrojecerá de indignación; desmentirá al que así le hablare, y le provocará tal vez; no habrá en él un sólo sentimiento que no se levante á protestar de la ofensa. Un ilustre sabio, por cierto contemporáneo, ha demostrado que la mujer que aún no ha llevado en su seno á un sér humano, es mujer incompleta, y frecuentemente enferma ó valetudinaria: no basta que la mujer sepa amar, no es bastante que llegue á ser esposa, es necesario que sea madre. A la manera que el espíritu no alcanza toda su fuerza si no pasa por medio de las pruebas amargas de la vida, así también el cuerpo de las mujeres no alcanza todo su desenvolvimiento, sin las fatigas y trabajo de la gestación. La misma lactancia, tarea tan ruda, renueva los órganos, que parece debía consumir; el pecho se dilata, se ensanchan los hombros y hasta la cabeza se eleva sobre el cuello más recta y más flexible; la mujer, en fin, sólo se manifiesta acabada criatura á nuestros ojos, llevando un hijo en sus brazos. El teatro, que ha representado mujeres adúlteras, hermanas envidiosas y enemigas, hijas parricidas, jamás ha osado atacar la personalidad de la madre: ella sola es aquí bajo un Dios sin ateos.

Sin embargo, y á pesar de tan común acuerdo en consideración á la maternidad, la ciencia, durante cuatro mil años, puede decirse que hasta el presente siglo, ha negado á la mujer el título de verdadera madre, de madre procreadora. Este hecho, tan curioso como importante, merece un profundo exámen, porque en él se funda la emancipación de la mujer entera.

En efecto, en la legislación oriental primitiva, se lee: «la madre no procrea, tan sólo es portadora del producto de la concepción ó de la criatura; en una palabra, en la función de la generación y reproducción es pasiva.» Para explicar esta enigmática blasfemia, hé aquí la teoría: «Cuando en estación conveniente y en campo bien preparado se siembran

granos maduros, éstos bien pronto se desenvuelven, convirtiéndose en plantas de la misma especie; importa poco que la semilla sea de arroz ó cualquiera otra, el campo dará lo que se le haya echado, porque él no entra por nada en la naturaleza de las plantas, sólo contribuye á su nutrición, y la simiente en su vegetación no adquiere ninguna de las propiedades de la tierra. Lo mismo sucede en la reproducción de los seres humanos; el hombre es la semilla ó el grano, la mujer es el campo. La mujer no determina el carácter del hijo; se concreta á dar lo que ha recibido, y la criatura nace siempre dotada de las cualidades del padre que la ha engendrado» (Leyes de Manu). Si del antiguo Oriente pasamos á Grecia y leemos al gran naturalista y filósofo Aristóteles, también hallamos escrito: «el padre es sólo creador.» Pasando á la Edad Media y buscando en la ciencia de las ciencias, en aquella época, la opinión del teólogo y filósofo Santo Tomás, nos hallamos con que dice, en el capítulo del *orden y de la caridad*: «el padre debe ser más amado que la madre, atendiendo á que es el principio activo de la generación, mientras que la madre es solamente principio pasivo.» Otros sabios y naturalistas de los siglos siguientes, tomando apoyo en la génesis I<sup>da</sup>, han ido más lejos, sosteniendo la siguiente doctrina: «Adán contenía en sí mismo, no sólo á Caim, Abel y sus hermanos, sino á todos los seres humanos que han nacido desde el principio del mundo y á todos los que nazcan hasta el fin. En cuanto á la participación de Eva en la perpetuación de la especie humana, es la misma de la tierra al recibir y nutrir las semillas y las plantas. Eva, según tales sabios, no es más que una nodriza.

Si este hecho fuera cierto, si Dios le hubiera decretado, si la obra que parece ser más completamente obra de la mujer, no la perteneciese; si la criatura que lleva en su seno durante nueve meses no es su criatura y si únicamente una especie de depósito; si el seno maternal, cuna divina que se estremece, gime y ama, no es más que un receptáculo inerte, sin influencia y sin derecho de creación sobre el sér que ha recibido, la mujer no podría alcanzar en el mundo más que el papel de una criatura ínfima y secundaria; un accesorio útil, pero nada más. Esta consecuencia es tan rigorosa, que en los países donde semejante doctrina ha prevalecido, el anatema que arroja sobre la madre, ha pasado de la ciencia á las leyes y de éstas á las costumbres.

La ley india dice: «el respeto á tu padre te abrirá solamente el mundo superior de la atmósfera.» El amor al padre era un deber religioso; el de la madre un acto de gratitud humana. En Grecia, el areópago, tribunal supremo, que puede decirse que representaba la justicia de aquel tiempo, se inauguró con la absolución de un hombre que había asesinado

nado á su madre, proclamando este principio: *la madre no crea á su hijo.*

En el mismo mundo moderno sólo el nombre del padre pasa á sus descendientes; y cuando fué instituida la nobleza, sólo era trasmisible, como regla general, por los padres; y hoy mismo, en todas las clases, el derecho de dirección pertenece solamente á los mismos.

La ciencia, que es el alma del derecho y el espíritu de las leyes y costumbres, se hallaba, respecto á esta cuestión tan importante, en el atrasamiento que ya he indicado, cuando una voz llena de autoridad vino á protestar contra tan impío sistema. El doctor Serres, inspirándose en trabajos de otros sabios, conocidos unos, y otros por conocer aún, ataca enérgicamente esta caducidad de la madre. Armado este eminente fisiologista de todos los recursos que le habían prestado la ciencia y la industria modernas, reclamó para la mujer su verdadero lugar en la creación, alcanzando para la madre su título de procreadora.

Efectivamente; la ciencia del pasado decía: «El seno materno recibe el sér creado ya, y la aparición sucesiva de los órganos fetales no es más que el desenvolvimiento de los mismos que ya existían y que nos ocultaba solamente la debilidad de nuestra vista.» La ciencia moderna, engrandecida por el análisis, ha demostrado: que para la evolución del nuevo sér es indispensable el concurso y el contacto del producto hembra, llamado óvulo, y del producto macho, que, en su síntesis, es el zoospermo; que verificado su contacto, su compenetración, la evolución del nuevo sér da principio en el óvulo ó producto de la hembra, en el que aparecen los primeros elementos, los primeros tejidos y los primeros órganos del embrión; y por una ley de evolución sucesiva, el nuevo sér, derivándose del simple utrículo, célula ú óvulo fecundado, llega á su grado de desarrollo perfecto, habiendo pasado por todos los inferiores, de tal suerte que parece construido pieza por pieza ú órgano á órgano hasta llegar á su completo desenvolvimiento. La madre, pues, concurre al primer acto de evolución del nuevo sér con un producto orgánico viviente de larga y costosa elaboración, que no puede ménos de tener tanta ó mayor importancia que el del padre, puesto que en él mismo principia el desenvolvimiento. Desde el primer impulso de la fecundación, la evolución completa del nuevo sér, la de cada elemento, cada tejido, cada órgano, sistema y aparato es sostenida y costeada por el plasma materno, por la sangre y con el organismo entero de la madre hasta que llega á alcanzar el tipo humano completo. Muy al contrario á la doctrina oriental, y á la antigua ciencia, resulta como un hecho comprobado que la madre, no sólo toma una parte igual, sino mayor y más im-

portante que la del padre en la creación de su posteridad y propagación de su especie.

Multitud de ejemplos, sacados de la historia natural de las plantas, de los animales y del mismo hombre, demuestran patentemente esta potente acción maternal. Tómese un geranio rojo y otro negro, aunque sea el llamado rey de estos últimos, introduzcase el pólen del uno en el pistilo del otro, y resultará una nueva especie híbrida: pues bien, casi siempre, esta flor híbrida reproducirá el tipo materno más bien que el paterno, es decir, que si el geranio rojo es la flor hembra, el híbrido tenderá al rojo también, y las flores que del mismo nazcan se irán aproximando cada vez más á esta especie.

Hágase el cruzamiento de un caballo y una burra, y resultará el tipo... macho, que tiene más de asno que de caballo; al contrario, crúzese una yegua con un jumento y se obtendrá el mulo, que se parece y tiene más de caballo que de asno.

En fin, lo mismo sucede con las razas humanas. Cuando un pueblo conquistador se posesiona de tierra extraña ó de otra nación, resulta que de su alianza con las mujeres indígenas, después de algunas generaciones, el pueblo que resulta de este cruzamiento reproduce los caracteres, no de la raza conquistadora, sino de la conquistada, habiendo absorbido las madres el tipo paterno. De aquí, sin duda, la profunda idea de Etienne Pasquier: «*La Gaulia hace los galos.*»

Este poder de las madres, en trasmitir á la posteridad su carácter típico, prueba sin réplica su acción en la generación humana, y de este poder las viene la magnífica prerrogativa de volver los tipos diversos de la naturaleza, cada uno á su individualidad propia. Ellas son las conservadoras de todas las razas, sino creadas, al ménos existentes, esto es, de todo cuanto hay de original, de característico y de variado en la naturaleza humana.

Tal es el papel de la maternidad en la naturaleza física; la moral nos le revela más grande aún. Por el amor maternal, el animal llega á la especie humana; por el mismo, ésta llega á la naturaleza divina.

¿Qué padre podrá haber que se atreva á comparar su ternura á la de una madre? No pretendo negar la afección paternal, pero la paternidad para el hombre es casi un accidente en la vida; para la mujer la maternidad es la vida misma. Seguramente que quienes las niegan el rango ó categoría de procreadoras, no han visto jamás á una madre recibir en sus brazos á su hijo recién nacido; ni seguirle en sus primeros pasos, escuchar su primera palabra ó recibir su último suspiro! Cuando el hijo muere, su padre llora, pero generalmente el tiempo no respeta en él más este dolor que los otros; la madre sufre una herida que jamás cicatriza. Encuéntranse con

frecuencia semblantes femeninos marcados por el más acerbo dolor; su palidez, su dulzura, el desfallecido acento de su voz, su frente inclinada sobre el pecho, y su misma sonrisa, en que se nota están próximos á llorar, reflejan algo profundamente herido, que parte el corazón. Si se averigua la causa de tal pena, resulta casi siempre que son madres que han perdido á su hijo en la flor de su edad. Una pobre mujer, en la agonía ya de una cruel enfermedad, que tambien la había arrebatado á un hijo de diez años, exclamaba: «¿Cómo ha debido sufrir mi pobre hijo!» Torturada por su propio mal, sólo pensaba en el que había sido sufrido ya por otro! Hé aquí el amor maternal: sin igual en la creación, nace en un instante, inmenso, sin límites y sin cálculo; tan potente, que trasporta á la que lo experimenta más allá de las leyes de la naturaleza, haciendo del dolor el placer, de la privación la satisfacción, y no por accesos como el amor, sino constantemente y sin intermitencia; y como último milagro, renueva el sér entero de quien le experimenta, sirviéndole de educador. Por él la mujer coqueta se hace seria; la que es poco previsora reflexiva; él esclarece y purifica; da virtud é inteligencia lo mismo que amor y devoción: en una palabra, es el corazón humano en todo su sér.

En fin, nada hallo tan oportuno para pintar la fuerza y el instinto del amor maternal, como aquella sublime respuesta que la madre, que acababa de perder á su hijo, dió á su confesor al recordarla éste el sacrificio de Abraham impuesto por Dios: *¡Dios no habría jamás exigido este sacrificio de una madre!*

DR. ENCINAS,

Catedrático de la Facultad de Medicina de Madrid.

## EL DERECHO POLÍTICO ROMANO

HASTA LOS TRABAJOS DE TEODORO MOMMSEN.

Enrique Heine, que como su ilustre compañero Byron á su númen poético reunía notables conocimientos históricos y singular perspicacia, dijo en cierta ocasion, que el carácter romano de los tiempos de la República era una mezcla de rudo bandlerismo y de sutileza de leguleyos que calificó de *soldadesca casuística*; y tan atrevida frase encierra más verdad que muchas historias de Roma que corren acreditadas. Indudablemente: la confusión de las funciones de justicia con las de combate, el manejar simultáneo del filo de la lógica jurídica y del de la espada guerrera, es rasgo saliente de aquel pueblo hasta tal punto que, combinado con el arraigado temor de los dioses (que tambien participaba

de colorido jurídico), viene á constituir la esencia de Roma.

Determinar la síntesis de los complejos efectos de estos tres elementos, guerrero, jurídico y religioso, y establecer las bases fundamentales de una historia ecuménica en el verdadero sentido de la palabra, que abraza el mundo antiguo en todas las relaciones que al moderno interesan, es trabajo que han emprendido algunos eminentes sabios de nuestra época con más empeño que todos los precedentes historiadores. Hasta ahora estos esfuerzos distan mucho de alcanzar su objeto en lo tocante á lo que llamaban los romanos «cosas divinas», y su oscuro culto sacro muéstrasen como una de las formas más rústicas del Politeísmo. Discernir cómo tal superstición se avenía con la lógica del derecho formando una red que envolvía á la vez el derecho privado y el derecho público; investigar cómo entre las mallas de esta red tejida por los sacerdotes políticos pudieron vivir aquellos ciudadanos enredados de buena fe por espacio de tantos siglos, hasta que el espíritu libre de la Grecia penetró en las clases superiores; averiguar cómo se conciliaban en cada caso particular las exigencias políticas ó militares con las prescripciones de los sagrados ritos, que lo mismo en los campamentos que en las reuniones populares debían observarse; en una palabra, las cuestiones relativas á la condicion sistemática de la religion romana, á su dominio sobre las almas, á su influencia sobre el gobierno del Estado, están aún todas por hallar solución satisfactoria, á pesar de los trabajos de Niebuhr.

Los abundantes materiales acumulados por este autor y los que le han sucedido, para esclarecer el conocimiento legal de la vida pública de Roma, no se han utilizado durante largo tiempo, ni se ha producido obra alguna que suministre á los historiadores, ni siquiera á los filólogos, un cuerpo de doctrina, un punto de vista general del derecho político, á propósito para penetrar en el organismo constitucional y juzgar de sus funciones. El trabajo de Niebuhr, en su forma sustancial, no es adecuado á este fin por muchas razones y, entre otras, por el genio característico del escritor. No carecía de talentos didácticos este gran investigador para la enseñanza oral; lo probó en los capítulos de su primera obra, ajustados á las lecciones que pronunció en Berlín, y lo reveló con más brillantéz todavía en las explicadas en Bonn y publicadas despues. Pero en cuanto se armaba de la pluma, amenguaba su libertad de accion: pretendía, al escribir, fijar los puntos históricos con sus mutuas y parciales relaciones, y en las que cada uno de ellos tuviera con el conjunto; mas se quedaba sin lograrlo, por no someterse á las inviolables leyes de la perspectiva, á las que tiene que ceder todo escritor si ha de realizar su ob-